



QUIQUIRIQUÍ, FESTIVAL DE TEATRO DE TÍTERES DE
GRANADA 2017

Archivo de textos

YUDD FAVIER

Yeung Fai: el hombre de las siete manos

[Reseña a *Teahouse*, de Yeung Fai, Le Pillier des Anges-Theatre du Chemin Creux]

Los títeres de guante suelen ser muñecos capaces de mover principalmente la cabeza y sus dos manitas sin dedos. Pues no. Al salir de la función de *Teahouse* se han derrumbado todas mis certezas, mis limitaciones conceptuales, porque nada de lo que sabía sobre esta técnica sucede entre las prodigiosas manos del titiritero chino Yeung Fai.

Sus maniobras parten de un entrenamiento hecho durante casi medio siglo, comenzado a los insólitos cinco años de edad y que trae consigo, además, la herencia de cinco generaciones antecesoras al servicio de esta profesión.

Yeung Fai abrió en Granada el Festival Quiquiriquí, un festival titiritero *all star*, y no lo digo yo, lo escuché de muchos titiriteros en Charleville Mézières cuando se enteraban de la curaduría certera de esta fiesta de formas y estilos.

Los títeres de Fai mueven los ojos, la boca, los hombros, el trasero — casi siempre a modo insinuante y grotesco—, los pies, ¡ah sí!, porque tienen piernas que suelen moverse al ritmo del cuerpo danzante. Los títeres de Fai abren y cierran abanicos; sirven el té desde una diminuta tetera hacia una taza, también minúscula, y vemos caer el agua en sitio certero.

Los títeres de Fai pelean entre sí con varas o con espadas. Los títeres de Fai tocan el *guqin* donde la sincronización entre el movimiento del personaje ejecutante y la emisión sonora transmite el estado de impaciencia de la dama que espera. Los títeres de Fai cambian su vestuario a la vista del público y sus duetos hacen giros simultáneos en el aire para regresar, precisos y erguidos, a las manos prodigiosas del que les da vida, manos que siendo un par se



Centro Federico García Lorca

suponen multiplicadas. Es un espectáculo cuya esencia descansa en el virtuosismo del titiritero y olvida, quizás por sobreentender que el asombro es suficiente, resortes imprescindibles para una puesta profesional a la altura de la habilidad de su protagonista.

Con una dramaturgia fragmentada en *sketches* típicos: recreación de una casa del té, peleas de sables, lanzas o varas en personajes de reminiscencias medievales, el león que danza y cuyo icono también se desacraliza; dan la idea al espectador occidental de estar asistiendo a escenas tradicionales recurrentes. Sin embargo se transita en el espectáculo por una cronología que avanza para abordar guerras más próximas, hace apuntes sobre un socialismo divergente y critica desde el kitsch más básico nuevas maneras de comportamiento social que atentan contra las mismas tradiciones ilustradas.

Toda esta información es ofrecida sin conexiones espectaculares que muestren unidad de dramaturgia, ni de diseño ni de concepción total. Todo el montaje se apuntala, repito, en cómo opera entre el auditorio el susurro de "ayes", "ohes" y el embeleso que provoca el titiritero por su talento, pero como sumun total escénico suele, incluso, tener notables desavenencias tanto de estilo como de tesis total.

Si tuviera que escoger entre las disímiles escenas que conforman el montaje una preferida sería, sin duda, aquella doméstica y particular donde una esposa molesta aguarda la llegada de su beodo marido. Porque es una cadena de pródigos matices de acción que además del dominio técnico, demuestra suspicacia para componer situaciones y estados de ánimo logrados desde la selección exacta del gesto. Otros desempeños como los combates o el propio prólogo en la casa de té son una sumatoria de fabulosas pinceladas de destreza. Justo esta mañana leía sobre la locomoción del títere: "Cada movimiento posee su centro de gravedad, y basta con controlar este centro dentro de la figura; los miembros que no son otra cosa que péndulos siguen mecánicamente el movimiento por sí mismos, sin ninguna ayuda exterior"; pensé que la frase respondía en cierto modo a mis cuestionamientos sobre la movilidad conjunta que logra Faï en un títere de guante. Muchas veces me parecía que para hacer lo que él lograba se necesitaban al menos siete manos, pero la parábola de Heinrich von Kleist me mostraba que además del entrenamiento duro de este dador de vida, también subyace la localización del



Centro Federico García Lorca

centro de gravedad del títere que permite establecer una dinámica en cadena para activar varios resortes simultáneos.

En fin, ver a Yeung Fai ejecutando su arte es un portento y es un regalo invaluable para los sentidos. Tan solo queda desearle al maestro que las alianzas teatrales futuras le permitan habitar las mejores estancias posibles.

Yudd Favier, 2017